

ISAIAH BERLIN Y EL NACIONALISMO

Ángel Rivero

Club Tocqueville/ Fundación Konrad Adenauer

Barcelona, 26 de octubre de 2018.

Primer borrador 19/10/2018

Isaiah Berlin fue conocido como un defensor de la libertad liberal, la libertad negativa, en un tiempo donde otros conceptos de libertad servían de justificación al totalitarismo que sobrevivió a la segunda guerra mundial. También fue famoso por haber sido un sobresaliente historiador de las ideas cuya capacidad para empatizar con sus autores producía el vívido efecto de hacerse portavoz de las ideas que retrataba. Pero además de todo esto y de mucho más, Isaiah Berlin dedicó algún tiempo al estudio del nacionalismo. Un fenómeno que como nos anunció reiteradamente nos acompañará siempre y que, contra lo que algunos sostienen, no dejaremos nunca atrás porque encuentra su fundamento en la condición permanente del ser humano. Para Berlin, el nacionalismo es una patología agresiva y destructora que debe ser condenada, pero que engarza en la necesidad humana universal de pertenencia a un grupo humano, algo que debe ser reconocido. Cuando esta necesidad de pertenencia, que él llama conciencia nacional o identidad nacional es herida o humillada, entonces sobreviene el nacionalismo, que es la expresión patológica de esta necesidad; y que al no ser reconocida o al ser humillada adopta una forma ideológica, destructiva, brutal que resulta imposible de detener por medios pacíficos.

Así pues, para Berlin, el nacionalismo no tiene cura, pero puede evitarse si se consigue que la conciencia nacional no se inflame, no se humille y no se dañe. El único remedio contra el mal incurable del nacionalismo sería pues el apaciguamiento de la inflamación nacional. Este diagnóstico sobre el nacionalismo lo mantendrá Berlin en todos los escritos que dedicó al tema. Escritos que están fechados en la década de los años sesenta del siglo pasado y, sobre todo, en la de los setenta. Y dentro de esta década el año 1972 en particular, algo sobre lo que volveré luego. Apenas con la implosión de la Unión Soviética (1989-1991) y la desaparición de Yugoslavia (1991-2006) volverá sobre el tema, poco antes de morir en 1997.

Berlin comenzó a escribir sobre el nacionalismo en los años sesenta influido sin duda por la lectura de dos obras seminales de dos autores judíos como él mismo. El que los judíos estén sobrerrepresentados en el estudio del nacionalismo no debe sorprender porque su condición de minoría en diáspora les convirtió en la víctima propiciatoria de esta ideología. Si la nación es algo más que el conjunto de los ciudadanos de un Estado para convertirse en un grupo humano con personalidad y voluntad propia, entonces el que no se acomoda a los rasgos de la nación deviene fácilmente enemigo del pueblo o traidor. Su diferencia irreductible es testimonio de un pluralismo irreconciliable con la afirmación de la nación una tan querida por los nacionalistas. Jacob L. Talmon y su obra de 1951 *The Origins of Totalitarian Democracy* es la primera de estas influencias. Berlin tuvo una larga amistad Talmon, profesor de la Universidad Hebrea de Jerusalén y con quien mantuvo además una larga correspondencia a lo largo de los años. Esta amistad aparece referida en los agradecimientos del prefacio de *The Origins* y la obra misma es citada por Berlin en "A Note on Nationalism", uno de los primeros textos de Berlin sobre el nacionalismo, de 1964, al señalar que no hay movimiento ideológico en el presente que haya

triunfado sin aliarse con el nacionalismo. Todas las revoluciones del mundo contemporáneo que tuvieron éxito fueron nacionalistas: incluso la Revolución Francesa, que comenzó con la razón universal al proclamar los Derechos del hombre y del ciudadano en 1789 acabó invadiendo y levantando naciones; las revoluciones en nombre del credo marxista recorrieron la misma senda y hasta la sobrepasaron para librar guerras nacionalistas entre países comunistas en Indochina (1978-1979).

Talmon estaba profundamente influido por la visión de Tocqueville de la Revolución Francesa quien veía en ésta no una ruptura radical con la monarquía de los Borbones (tal como pensaba Edmund Burke) sino una continuación de la lógica de la igualdad y de la centralización de la monarquía absoluta a expensas de la libertad de los individuos. De acuerdo con esta lectura, la revolución habría transferido meramente los atributos del rey, la soberanía, a un sujeto colectivo, el pueblo que quedaba así convertido en soberano, esto es, en un gobernante colectivo absoluto, la nación, necesitado, eso sí, de intérpretes que hablaran en su nombre: en el nombre del pueblo. Para Talmon la “democracia totalitaria” es la que apelando a la voluntad del pueblo ejerce una soberanía absoluta sobre los individuos obligándoles a obedecer la voluntad general, es decir, obligándoles a ser “libres”. La democracia se hace “totalitaria” porque la “volonté une” se convierte en sinónimo de democracia sin controles ni equilibrios, directa. Esta concepción de la democracia, que encuentra su encarnación primera en el terror jacobino, la conecta Talmon con el nacionalismo del siglo XX y con sus ideologías extremas, el comunismo y el fascismo, en su obra *Myth of the Nation and Vision of Revolution* (1981), coronación de la trilogía iniciada con *The Origins*. La segunda obra de la trilogía es *Political Messianism* de 1960, que comienza con una cita de Tocqueville que resulta reveladora: “Du dix-huitième siècle et de la révolution, comme d’une source commune, étaient sortis deux fleuves: le premier conduisait les hommes aux institutions libres, tandis que le second les menait au pouvoir absolu.”

Para Berlin, siguiendo a Talmon, no hay duda de que la raíz del nacionalismo está en la Ilustración francesa y su soberbio racionalismo. Pero, para él, la encarnación primera del nacionalismo no está en quienes lo propiciaron sino en los que tradujeron su humillación en la movilización del odio: los alemanes. Hay en Berlin una crítica de los excesos ilustrados y, en particular, de la idea de una razón como tribunal en el que, en nombre del ideal, se condena a los hombres de carne y hueso. Es decir, hay una crítica a la política ideológica que denuncia Talmon en sus obras y que Berlin denomina monismo o política de Procasto: el uso de la violencia masiva y atroz en nombre de los ideales, es decir, la política ideológica. Pero hay también la aceptación de una verdad vinculada a la reacción romántica, nacionalista: que el racionalismo ilustrado ha ignorado y humillado la pluralidad de fines y valores de los hombres. De aquí arranca la devoción, de otra manera incomprensible, de Berlin por Herder (Berlin como lector de Herder merecería un tratamiento particular).

La primera obra que escribe Berlin, en lo que se me alcanza, sobre el nacionalismo es la reseña que realizó de la obra de Elie Kedourie *Nationalism* en 1960. Aunque la reseña proyecta una visión positiva del trabajo, Berlin toma distancia, curiosamente, respecto a la metodología de Kedourie, la historia de las ideas, y en particular sobre si esta disciplina es apropiada para estudiar el fenómeno del nacionalismo, al hacer abstracción de las condiciones y circunstancias sociales y materiales de su surgimiento. La observación es llamativa porque Berlin pasa por ser justamente un cultivador de la teoría política entendida como historia de las ideas y, sin embargo, parece rechazar que el nacionalismo (que como todo ismo remite a un conjunto discernible de creencias) pueda estudiarse atendiendo a sus ideas.

El punto de partida de Kedourie es la constatación de que el principio de las nacionalidades, que constituye el núcleo del credo nacionalista, se ha convertido en hegemónico en nuestro tiempo. La idea, muy sencilla, reza que cada nación tiene derecho a tener su propio Estado; y que un Estado ha de ser la corona política de una nación. Se afirma de este modo la existencia de dos realidades una cultural, prepolítica, y otra política. La primera sería la nación y la segunda el Estado, y se decreta que la congruencia entre ambas es positiva y realiza la libertad. La realización de la congruencia entre estas dos realidades es propiamente la autodeterminación nacional. Kedourie señala que esta idea que se nos ha hecho natural en el presente tiene una vida muy corta, apenas nace con el siglo XIX, y que fue gestada por los discípulos románticos de Kant. Berlin concuerda con la descripción de Kedourie sobre el origen y fecha del nacimiento del nacionalismo. Pero si para Kedourie el nacionalismo no es sino una epidemia ideológica que no ha producido otra cosa que violencia contra las minorías, la visión de Berlin no implica una crítica tan radical. Y aunque el propio Berlin situó a Kant (sin duda por influencia de Kedourie) en el linaje del nacionalismo, evitó condenar esta ideología en términos tan rotundos como los utilizados por este autor. La razón me parece, es que Berlin siempre quiso dejar claro que hay una verdad en el nacionalismo y ésta es que constituye la expresión, patológica sí, de un daño sobre un grupo humano existente y verdadero.

En su "Note on nationalism" de 1964 nos dice "The French Revolution, with which modern History, properly speaking, begins, was animated by universal ideals. It proclaimed the liberty, equality and fraternity of all men (...) but it ended (...) in the invasion of many nations by one (...); [and in] the inflammation of the national feelings of the conquered, and, in due course, to a pathologically violent nationalism on their part too" (303).

Para Berlin, la edad moderna (nosotros decimos contemporánea), que inaugura la Revolución Francesa es una sucesión de agravios donde el nacionalismo explota con cada violencia y donde los imperios europeos primero; y los intereses nacionales del comunismo soviético o del nacionalismo norteamericano han dado lugar a los "new nationalisms of Asia and Africa (and Latin America too) [that] are among the most characteristic features of our age [that] feeds wars and revolutions and military dictatorships that cover the earth" (306)

Para Berlin la marmita en la que se han recalentado estas pasiones violentas está en el racionalismo del siglo XVIII que acaba por eclosionar con el fin de siglo. Las razones que aduce para culpar al siglo de las luces son: 1) el universalismo ilustrado y su promesa de un orden cosmopolita de armonía fraternal y paz, que trae como consecuencia una reacción contraria de aquellos cuyo mundo es condenado a la desaparición; 2) y, en relación a esto último, el sentimiento nacional herido o humillado, que aparece lentamente, disperso y provinciano, pero que "acaba por adquirir un impulso terrible" (307).

Esta humillación en nombre de la ilustración suscita en primer lugar el sentimiento herido en los alemanes: "it was among the Germans that modern nationalism arose, and proved violently contagious". Primero adoptó la forma pacífica de un nacionalismo cultural que Berlin nos señala que sería mejor describir como "populismo" y que se caracterizaba por manifestaciones completamente inocuas: "celebrated the importance of historical roots, the kinship of men of the same language and traditions, the importance of the regional and local feeling, the part played by the arts and habits of daily life as a more valuable and vivid expression of the inner essence of men than the empty cosmopolitanism and outer show of the all-conquering French" (307). Pero tras la invasión de las ideas francesas vino la derrota militar a manos de Napoleón y con ella "the transformation of this mild, cultural autarchy into an outraged, aggressive,

nationalist fury which bubbled and boiled within the Germans during entire nineteenth century” (308).

Una vez puesto en marcha el nacionalismo como expresión resentida de la humillación nacional, sus réplicas las encontramos por todas partes: en la Francia derrotada en 1871; en los italianos humillados por austriacos y franceses; en los Balcanes y en Turquía; en los judíos y el sionismo; en griegos e irlandeses. Según Berlin, las semillas del nacionalismo podían haber sido detectadas por un ojo atento en las tranquilas aguas de la Europa dieciochesca, un tiempo que, nos dice, erradamente miran con nostalgia y admiración muchos de quienes hoy ven en el nacionalismo una detestable aberración (309).

Para Berlin el nacionalismo es la “fuerza más poderosa y quizás la más destructiva de nuestro tiempo” y si se produce “la total destrucción de la humanidad”, esta será causada con toda probabilidad por la “explosión irracional de odio contra un enemigo u opresor real o imaginario de la nación” (309). Como señalé antes, para Berlin el nacionalismo no tiene cura y por tanto de nada vale predicar y argumentar que el nacionalismo maltrata a las personas y que donde no hay nacionalismo la gente vive mejor y más libre. En las palabras muy expresivas de Berlin: “it appears to be a tragic but inevitable sociological law that wherever there are tears of humiliation in one generation, there is likelihood of blood, if not in the next, then in the generation after that: the degradation of the grandparents leads to a violent revolt by the grandchildren” (309).

Berlin finaliza esta “Note on Nationalism” con un giro pragmático. Si el nacionalismo no puede curarse, entonces, ¿qué debemos hacer? ¿Cómo podemos aliviar las pasiones y cómo promover un mundo tolerante, pacífico y civilizado? Berlin, como señalé al principio, nos dice que el sentimiento nacional no es intrínsecamente malo o peligroso. Esto último sólo acontece cuando es “exacerbado, inflamado y cuando desarrolla una condición patológica” (310) Implícitamente parece decir que incluso el nacionalismo, cuando no está inflamado puede ser bueno (dice, por ejemplo, el nacionalismo de la India “es hoy día normal y no es patológico”). En cualquier caso, la receta de Berlin es la de “crear las condiciones en las que el sentimiento nacional pueda desarrollarse pacíficamente”. Esto se hace, según nos dice, de maneras diversas: evitando los conflictos entre vecinos; evitando la irritación que produce la existencia misma de minorías (esta irritación le parece irracional e indigna de la humanidad contemporánea, pero es un hecho que ha de aceptarse); promoviendo los matrimonios mixtos; eliminando las barreras sociales, económicas, étnicas, educativas entre poblaciones y, en casos extremos, mediante el intercambio de poblaciones (que él no denomina limpieza étnica). Todas estas medidas, sostiene, frenarían el desarrollo patológico en una fase temprana. Porque, y esto es lo importante, el nacionalismo no es un fenómeno anormal, sino que es una patología común que puede darse en cualquier sociedad humana y es, además, una patología no necesariamente mortal como demuestran muchos países que han pasado por el nacionalismo: Italia, Francia, e incluso Alemania.

Resulta interesante observar que en su primera aproximación al nacionalismo Berlin lo considera una reacción pasional y destructiva pero no una ideología. Más bien es el racionalismo como ideología el que suscita la reacción emocional del nacionalismo. En esto se diferencia tanto de Talmon como de Kedourie, quienes siguiendo la estela de Acton (*On Nationality*, 1862) ven en el nacionalismo como credo político moderno la raíz de su poder destructor y la razón de su manifestación violenta. Es decir, tanto para Acton, Talmon y Kedourie el nacionalismo es un vástago de la política ideológica de occidente y no una reacción emocional o la resaca frente a la pleamar racionalista. Puesto que para él no es una ideología, Berlin parece considerar que la historia de las ideas nada tiene que decir sobre el nacionalismo, lo cual resulta sorprendente si

se compara con la tarea que encomienda al filósofo político al comienzo de sus "Two Concepts of Liberty" (1958) donde nos dice que vivimos en un tiempo donde la política, más que nunca, está empapada de ideología y, por tanto, analizar los conceptos que informan los mitos que mueven a las masas de la humanidad se convierte en una tarea perentoria para los académicos. Tal como nos exhorta en su celeberrima obra, solo aquellos entrenados en el estudio de las ideas serán capaces de desactivar las ideas destructivas que conforman los mitos totalitarios del presente. La posición de Berlin es todavía más paradójica si se toma en consideración que la teoría política de la posguerra europea se dio como misión académica la explicación de cómo habías sido posible el extremismo ideológico que había dado como consecuencia la Segunda Guerra Mundial; el Holocausto; el Gulag; las purgas y las hambrunas. Así en las obras de Popper, Arendt, Aron, Talmon, Oakeshott y muchos otros. Curiosamente, para Berlin, el nacionalismo no forma parte de esas ideas destructivas que denunció Heine en sus profecías sobre el futuro de Alemania y Europa y de las que se hace eco Berlin en su famoso artículo. El nacionalismo es destructivo, es patológico, pero no es ideológico, no encuentra su fuerza en sus ideas sino en los sentimientos de los humillados.

Ciertamente, la teoría política de la posguerra se encomendó el estudio de los totalitarismos como algo que en buena medida había quedado clausurado y que por tanto podía analizarse. El fascismo había sido derrotado en el campo de batalla 1945; y el comunismo había sido derrotado políticamente en Occidente, por lo menos en Estados Unidos; en Gran Bretaña; en Alemania y en Suecia. Pero su derrota se daba por segura en el resto de los países occidentales gracias a la democracia liberal y al Estado del bienestar. Existía la convicción exultante y eufórica de que la batalla de las ideas la había ganado occidente y que el comunismo había perdido su lustre. La proclamación jubilosa del final de la ideología 1955-1960 no atestigua sino la percepción de que había nacido un tiempo de estabilidad y paz en Europa porque el conflicto ideológico, asociado a la cuestión social, había quedado finalmente resuelto. Sin embargo, la historia del nacionalismo traza un movimiento distinto a la del totalitarismo. Si las ideologías totalitarias se dan por derrotadas al poco del final de la Segunda Guerra mundial, el nacionalismo no está en absoluto muerto. La estabilidad de la posguerra europea viene acompañada de la desaparición de los imperios coloniales europeos en Asia y en África, y las independencias de estos países vienen unidas a movimientos nacionalistas, los Movimientos de Liberación Nacional, que encuentran su réplica en movimientos nacionalistas secesionistas en el corazón mismo de occidente. Es por ello que el nacionalismo no era únicamente un objeto de estudio que pudiera contemplarse desde una relativa distancia; el nacionalismo era una realidad apremiante en medio de la feliz bonanza de la segunda posguerra.

El año en el que Berlin dedicó más trabajos al nacionalismo fue 1972 y, casualidad o no, fue ese año en Gran Bretaña cuando el conflicto en Irlanda del Norte adquirió tintes más sombríos: el 30 de enero de 1972 se produjo en Derry el "Domingo sangriento" donde murieron más de una docena de personas por disparos de los paracaidistas británicos contra una manifestación. Unos hechos que marcaron de manera indeleble la percepción católica en Irlanda del Norte, De modo que cuando Berlin reitera la idea de que el nacionalismo es una reacción patológica frente a la humillación y el daño debe tenerse que habla en el tiempo de las luchas anti-coloniales y, dentro de Gran Bretaña, de la radicalización del conflicto en Irlanda del Norte y de la aparición sorprendente y exitosa (al menos hasta 1974) del nacionalismo escocés. Por cierto, Berlin apenas cita estos fenómenos: la descolonización la refiere de forma genérica, con algunos ejemplos citados de pasada, pero los problemas de nacionalismo dentro del Reino Unido son apenas mencionados (de hecho, sólo menciona el nacionalismo católico irlandés, sin referencia al Ulster o a Escocia).

Así pues, en 1972 Berlin publicó uno de sus artículos más señalados sobre el nacionalismo. Su título “The Bent Twig. A Note on Nationalism” está preñado de dobles sentidos: remite a una rama o ramita doblada que nos golpea después de haberla pisado o también a una comprensión engañosa de algo que creíamos saber. Como en la primera pieza, el artículo repite “A Note on Nationalism”, esta vez como subtítulo.

Dividido en seis partes, en la primera se hace una caracterización de los movimientos de cambio en las sociedades modernas y de sus intérpretes para concluir que nadie predijo la fuerza y la permanencia del nacionalismo pues se pensó que moriría con el siglo XIX. Más adelante volveré sobre este asunto porque no se corresponde completamente con la realidad.

En la segunda se argumenta cómo los románticos alemanes reaccionaron frente al insípido ideal ilustrado de una humanidad uniforme. Si éste último era el ideal de los franceses, los alemanes (y más tarde polacos y rusos) formulan la promesa mesiánica de que a falta de un gran pasado o un gran presente, se les ha prometido un futuro preñado de grandeza en el drama de la humanidad.

En la tercera se nos explica que el marxismo consideraba al nacionalismo como una fase transitoria en la historia de la humanidad; la fase de la formación del capitalismo nacional en la que la burguesía sustentaba una ideología que justificase la destrucción del orden pretérito, pero no había, esto es lo importante, la expectativa de que el nacionalismo pudiera proyectarse sobre el futuro.

En la cuarta parte se nos dice que el nacionalismo es un fenómeno mundial, esencial para entender los nuevos Estados y para comprender las actitudes de las minorías en los viejos Estados. A continuación, señala que estos movimientos nacionalistas del presente no habrían sido imaginables hace un siglo. Los casos que señala de nacionalismo “agudo” son Canadá¹, Pakistán², Gales, Bretaña, Escocia y el País Vasco. Considera que pueden verse como ejemplos de la teoría schilleriana de la rama doblada (tal teoría no fue formulada ni por Schiller ni por nadie conocido en relación al nacionalismo, véase <http://berlin.wolf.ox.ac.uk/information/a-z.html#twig>). También nos dice, sin concretar, que este nacionalismo contemporáneo moviliza el sentimiento de humillación frente a la dominación extranjera, pero con la peculiaridad de que el deseo de independencia nacional está entremezclado “con la resistencia social a la explotación”. También encuentra este nacionalismo su razón de ser en aquellas minorías que han preservado su propia tradición cultural, religiosa, o sus características raciales y que no pueden tolerar la perspectiva de ser una minoría permanente, gobernados por una mayoría diferente en sus rasgos y costumbres. Aquí los ejemplos son el sionismo; los palestinos; los negros en los EE.UU; los católicos irlandeses en el Ulster; los nagas en la India. Estos nacionalismos son diferentes del nacionalismo romántico puro (Italia, Polonia, Hungría) pero son en su opinión verdaderos nacionalismos a pesar de movilizar agravios sociales, religiosos y económicos. Esta parte concluye con la afirmación de que el comunismo no solo no ha superado el nacionalismo, sino que allí donde ha triunfado han ido de su mano.

En la quinta parte Berlin amplía su acusación general contra el racionalismo como culpable de la reacción nacionalista: “lo que contemplamos, me parece, es una reacción mundial contra las

¹ Presumo que se refiere a Québec, puesto que entre 1963 y 1969 el Front de Libération du Québec, realizó una intensa campaña de atentados con bomba que culminaron en 1970 con el secuestro y asesinato del presidente de la provincia Pierre Laporte. Pierre Trudeau, entonces primer ministro y padre del actual primer ministro, declaró el estado de guerra e hizo intervenir al ejército en la provincia. A partir de ahí comienza la historia más conocida de la búsqueda de una independencia pacífica por parte del Parti Québécois, fundado en 1968 y que organizó los plebiscitos de 1980 y 1995.

² En 1971 se produce la guerra civil que dará lugar a la independencia de Bangladés

doctrinas centrales del racionalismo liberal del siglo XIX, el intento confuso de regresar a una moral anterior” (24). Nos dice Berlin que este enfrentamiento no es nuevo. En el siglo XVIII y en el XIX, teníamos, en un lado, a los partidarios de la tradición, de un orden natural que había de ser respetado por la razón, la fe en una comunidad “integral” que los escépticos y la razón querían destruir; por otro lado, estaba el partido del progreso, liberales o socialistas, que apelaban a la razón como principio de organización de las sociedades. Para Berlin estos últimos han ganado y el nacionalismo es una reacción frente a este triunfo. Berlin se explaya en señalar cómo vivimos en un mundo despersonalizado, sujeto al gobierno impersonal de los técnicos y es frente a esta realidad desoladora que el nacionalismo se afirma. El nacionalismo, como el populismo, busca restaurar una comunidad humana más auténtica y al hacerlo se convierte en una “forma patológica de auto-protección y resistencia” (29).

Es por ello que el nacionalismo “is to be found among those hitherto suppressed peoples or minorities –those ethnic groups which feel humiliated or oppressed, to whom nationalism represents the straightening of bent backs, the recovery of a freedom that they may never have had (it is all a matter of ideas in men’s heads),revenge for their insulted humanity” (30).

Las sociedades que han gozado de una larga independencia política no necesitan o necesitan menos del reconocimiento, nos dice Berlin, pero es la falta de reconocimiento la que lleva a los excesos del nacionalismo. “The brutal and destructive side of modern nationalism needs no stressing for what it is –a worldwide response to a profound and natural need on the part of newly liberated slaves –“the decolonized”- a phenomenon unpredicted in the Europe-centred society of the nineteenth century” (30). Como señalé antes una de las metáforas de Berlin es que el poder destructivo del nacionalismo no pudo ser imaginado en el siglo XIX y, por tanto, poco se hizo por evitar el desarrollo de su afirmación patológica, como anuncié, más adelante mostraré que esto no es exactamente así.

El tercero de los artículos importantes sobre el nacionalismo publicados por Berlin lleva el título de “Nationalism. Past Neglected and Present Power”³ y aunque explica en nota que es una reformulación del anterior de 1972 en el título se percibe un desplazamiento desde la cuestión del daño que explica su erupción a otra cuestión que ya había abordado Berlin en las dos ocasiones anteriores: la poca consideración que mereció a los contemporáneos de su nacimiento su futuro; y la sorpresa por su poder creciente y no menguante en las sociedades actuales. Es decir, ahora el tema es el de porqué el nacionalismo no fue previsto o anunciado por los estudiosos.

El artículo aparece dividido en cinco partes. La primera, apenas una introducción remite a la historia de las ideas como la disciplina con la que va a abordar el tema. Como vemos, este es un cambio en relación a los dos textos anteriores porque el nacionalismo ahora, como veremos, sí es una ideología. En la segunda parte, insiste de manera ampliada en que ninguno de los grandes profetas del siglo diecinueve predijo el auge y la permanencia del nacionalismo. Sin embargo, nos dice Berlin, desde que tiene conciencia de sí misma la humanidad se consideró que la necesidad de pertenencia a un grupo fácilmente identificable era un requisito natural para cualquier ser humano:

“Common ancestry, common language, customs traditions, memories, continuous occupancy of the same territory for a long period of time, were held to constitute a society. This kind of

³ Como curiosidad fue publicado por primera vez en español con el título de “El nacionalismo: descuido del pasado y poder actual”, Diálogos 14, nº 6 (Noviembre-Diciembre 1978), 10-17. La versión original inglesa se publicó al año siguiente.

homogeneity emphasised the differences between one group and its neighbours, the existence of tribal, cultural or national solidarity, and with it, a sense of difference from, often accompanied by active dislike or contempt for, groups with different customs and different real or mythical origins; and so was accepted as both accounting for and justifying national statehood. The British, French, Spanish, Portuguese and Scandinavian peoples had achieved this well before nineteenth century; the German, Italian, Polish, Balkan and Baltic peoples had not. The Swiss had achieved a unique solution to their own. The coincidence of the territory of the state and nation was regarded as, on the whole, desirable, save by the supporters of the dynastic, multinational empires of Russia, Austria, Turkey, or by imperialists, socialist internationalists, anarchists, and perhaps some ultramontane Catholics” (338)

Estas palabras son realmente sorprendentes porque parecen indicar que el principio de las nacionalidades constituye para Berlin la percepción natural y permanente de lo que es una sociedad humana y que más bien la anomalía recae en la afirmación de que puede haber comunidades políticas legítimas en las que no haya congruencia entre la cultura de sus miembros y los límites del Estado. También es sorprendente la conclusión que extrae de estas líneas habida cuenta que señala la larga historia del Estado nacional en la conciencia de los hombres:

“The majority of political thinkers, whether they approved of it or not, accepted this as an inevitable phase of social organisation. Some hoped or feared that it would be succeeded by other forms of political structure; some seemed to regard it as “natural” and permanent. Nationalism –the elevation of the interests of the unity and self-determination of the nation to the status of the supreme value before which all other considerations must, if need be, yield at all times, an ideology to which German and Italian thinkers seemed particularly prone- was looked by observers of a more liberal type as a passing phase due to the exacerbation of national consciousness held down and forcibly repressed by despotic rulers aided by subservient churches.

By the middle of the nineteenth century the aspirations of political unity and self-rule of the Germans and Italians seemed well on the way to realisation. Soon this dominant trend would liberate the oppressed peoples of the multinational empires too. After this, nationalism which was a pathological inflammation of wounded national consciousness would abate: it was caused by oppression and would vanish with it.” (338-339)

Lo que parece indicar Berlin es que existía un consenso en que el desarrollo de los Estados-nación, entendidos como comunidades políticas congruentes con grupos culturales constituía para unos una fase transitoria en la historia de la humanidad; que para otros era la realización de un principio natural y permanente. Pero que el nacionalismo, en tanto exacerbación ideológica desaparecería en uno y otro caso. Como veremos más adelante, es la idea misma de que debe haber una congruencia entre los límites políticos del Estado y los de una comunidad prepolítica definida en por rasgos “objetivos” (raza, cultura, lengua, religión, etc) lo que constituye el nacionalismo como ideología. Y es justamente el nacionalismo como ideología el que sostiene que una vez realizado el principio de las nacionalidades, cada nación un Estado; cada Estado una nación, la cuestión nacional desaparecería y surgiría un orden internacional de paz. Como señala Berlin (339) este principio de la autodeterminación nacional se hizo universal en 1919 en Versalles (circunstancia, por cierto, que Kedourie considera como el triunfo total e inapelable del nacionalismo, cosa que lamenta) pero la ansiada desaparición del nacionalismo no se produjo: “This curious failure of vision on the part of otherwise acute social thinkers seems

to me a fact in need of explanation, or, to say the least, of wider discusión than it has so far obtained” (341).

En la tercera parte del artículo Berlin introduce una novedad sobresaliente en relación a los dos artículos sobre el nacionalismo que había publicado con anterioridad. Ahora nos dice que para entender la permanencia del nacionalismo es necesario atender no solo al nacionalismo como sentimiento, sino que también hace falta de ocuparse del nacionalismo como como fuerza y como arma “al haber sido elevado a doctrina consciente” (341). Es decir, que el nacionalismo no es solo la expresión patológica de un daño, sino que también es una ideología: “por nacionalismo entiendo algo (...) ideológicamente importante y peligroso” (341). A continuación, dedica toda la parte tercera del artículo a exponer las creencias del nacionalismo como ideología. De forma muy resumida serían las siguientes:

A) Que todo individuo nace dentro de un grupo humano particular, distinto de otros grupos, y que lo que se el individuo depende esencialmente del grupo. El grupo es definido por un territorio común, costumbres, leyes, memorias, creencias, lengua, expresiones artísticas o religiosas, instituciones sociales, formas de vida. A lo que algunos añaden herencia, parentesco, rasgos raciales. Todos estos factores modelan a los seres humanos, sus fines y sus valores.

B) Que las sociedades son como organismos que precisan de desarrollo y cuyos fines son formulados por aquellos que mejor entienden a la nación. Que los fines de la nación tienen preferencia sobre los demás fines sociales para evitar así su decadencia o su ruina. Que hay una naturalidad en la nación y su desarrollo frente a la artificialidad de otros empeños humanos.

C) Que estos fines colectivos de la nación deben defenderse sin duda porque son *nuestros*, porque son los de mi grupo, con independencia de si producen buenas o malas consecuencias, de si son verdaderos o están errados

D) Si el completo desarrollo de los fines de ese organismo que se llama nación se hace incompatible con los fines de otros grupos, mi nación tiene precedencia, aunque sea mediante el uso de la fuerza. Algunos nacionalistas han sostenido que existe una jerarquía natural de las naciones, lo que justifica su preponderancia sobre otros. Es decir, la nación superior tiene un derecho de afirmación sobre las otras naciones. (341-345)

La cuarta parte del artículo está dedicada a los profetas del nacionalismo. Si la conciencia nacional herida es tan antigua como el mundo, el nacionalismo como ideología es bastante más reciente. Para que se dé el paso de lo primero a lo segundo hace falta una élite cultural que transforme la humillación en una doctrina:

“The first true nationalists –the Germans- are an example of the combination of wounded cultural pride and a philosophic-historical vision to stanch the wound and create an inner focus of resistance”. Curiosamente, en su genealogía de los nacionalistas, de los que socializaron a la masa en la ideología del nacionalismo, Berlin coincide en 1978 con lo que ya había dicho Kedourie en 1960. Para Berlin la ideología así formada fue apropiada por los nacionalismos subsecuentes hasta llegar a nuestros días: “lo vemos en las repúblicas y en las dictaduras de Asia y África, en el nacionalismo incendiario de los grupos regionales y étnicos en Francia y en Gran Bretaña, en Bélgica y en Córcega, Canadá y España y Chipre, y quien sabe en dónde más” (350) y concluye:

“None of the prophets of the nineteenth century, so far as I can tell, anticipated anything of this kind. If anyone had suggested it, it would surely have been regarded as too improbable to be

worth consideration. What is the reason for overlooking the likelihood of the cardinal development of our day? (350).

Creo que llegados a este punto se puede constatar una evolución en el propio Berlin desde sus posiciones primeras sobre el nacionalismo en los años sesenta y principios de los setenta. En principio había en Berlin una simpatía por los pueblos humillados que encontraban en la autodeterminación una satisfacción a veces exagerada y patológica frente a una opresión real y verdadera. Pero a finales de los setenta su visión se torna más sombría. Berlin es consistente siempre con su crítica al exceso de ilustración que entiende como una pulsión destructiva de los sentimientos y de las formas de vida reales de los hombres, pero el nacionalismo pasa de ser únicamente la respuesta patológica de unos seres humanos humillados a ser percibido también como un credo político destructor de las mismas sociedades que dice defender. Creo que esto se debe a que Berlin, a pesar de su profeso anti-racionalismo, es deudor en su visión del nacionalismo del liberalismo progresista de John Stuart Mill y de su optimismo acerca de la reforma social. Si atendemos a lo que dice Mill en relación a la nacionalidad y el gobierno representativo (1861) veremos que encarna la posición liberal que Berlin retrata en sus textos: el nacionalismo es expresión de una identidad nacional que tiene una vertiente patológica, el odio a los extranjeros pero que, en su versión positiva es un principio de simpatía que permite el funcionamiento de las sociedades libres. El desarrollo de Estados nacionales (entendidos como comunidades políticas que alojan una única identidad nacional) no puede sino ser celebrado porque el medio homogéneo de la nacionalidad permite, en su visión, la deliberación pública y el control del gobierno. ¿Y las minorías? Las minorías aceptarían felices vivir en sociedades libres y dejarían de lado su diferencia ancestral, que les condenaba al atraso, para abrazar la identidad nacional que les llevaría al futuro. La teleología marxista iría un paso más allá: una vez realizado el sueño burgués del Estado nacional, se habrían creado las condiciones para una fraternidad universal donde la humanidad quedase finalmente reconciliada. Para el marxismo, el nacionalismo debe apoyarse como medio de cambio social porque en último término prepara la antesala de la sociedad libre del futuro.

Sin embargo, para 1978 la promesa positiva del nacionalismo se hace menos evidente para Berlin, y los males del nacionalismo demasiado evidentes. La parte quinta y final del artículo está dedicada a explicar por qué “nadie” se había dado cuenta en el siglo XIX del poder destructivo del nacionalismo: la respuesta de Berlin es que la visión *whig* de la historia, lo que nosotros llamamos progresismo, había pronosticado que la historia humana siempre va a mejor y que por tanto los males sociales desaparecerían; el marxismo, en su propio estilo, participó de la misma profecía. Los males del nacionalismo no se anticiparon porque la creencia ilustrada en un futuro luminoso se hizo hegemónica. Berlin añade otra razón: el eurocentrismo de los intelectuales limitó su mirada al mundo europeo sin adivinar lo que se fraguaba en el resto del mundo. Berlin acaba él mismo por aceptar la inevitabilidad del nacionalismo (con lo que vuelve a coincidir retrospectivamente con Kedourie):

“It would not, I think, be an exaggeration to say that no political movement today, at any rate outside the western world, seems likely to succeed unless it allies itself to national sentiment. I am not a historian or a political scientist, and so do not claim to offer an explanation of this phenomenon. I only wish to pose a question, and indicate the need for greater attention to his particular offshoot of the romantic revolt, which has decisively affected our world” (355).

El nacionalismo es el principal problema de nuestro tiempo, nos dice Berlin, pero no tiene explicación. Todo lo más podemos decir que nadie anticipó esta circunstancia, pero una vez convertido en doctrina ya no es posible su cura.

Creo que este diagnóstico francamente negativo de Berlin sobre la capacidad misma de entender el nacionalismo se debe a que desde su inicio adoptó un camino errado. Al contraponer el nacionalismo con la Ilustración, Berlin se privó de la capacidad misma de entender el nacionalismo como un fenómeno netamente moderno. Al convertirlo en una inflamación hizo del nacionalismo un epifenómeno de la modernización y, por tanto, lo convirtió en una condición transitoria que se asentaría con el desarrollo del mundo moderno. Pero se le escapó, o no quiso ver, que el nacionalismo tal vez no sea un acompañante enojoso de la modernidad, sino que el nacionalismo pudiera ser una manifestación paradigmática de la política ideológica, esto es, de la política moderna.

Porque lo cierto es que, en contra de las reiteradas afirmaciones de Berlin de que nadie anticipó en el siglo XIX los males del nacionalismo, si hubo quien lo hizo con toda claridad: Acton en su artículo "On Nationality" de 1862, que es una respuesta directa y sin condiciones a las esperanzas positivas depositadas en el nacionalismo por parte de John Stuart Mill en 1861 (Considerations on Representative Government). Lo interesante de Acton es que no considera al nacionalismo como una reacción antimoderna o anti-racionalista, sino como la manifestación más extrema de la política moderna (las otras dos son el igualitarismo y el comunismo). Para Acton hay una conexión directa entre la "teoría francesa de la democracia", la idea de que una sociedad libre es la expresión de la voluntad general del pueblo y el nacionalismo. Cuando se exige la sumisión a una autoridad absoluta colectiva, la homogeneidad, el valor de la igualdad, se extiende por la sociedad haciendo imposible la diferencia. Cuando se afirma que la libertad es el gobierno del pueblo, entonces se hace necesario un sujeto colectivo, la nación, con un carácter propio al que han de subordinarse los individuos. Es decir, Acton se dio muy tempranamente cuenta de que el nacionalismo es afín a la teoría plebiscitaria de la democracia y completamente incompatible con la democracia liberal. Para Acton, ser libre es mostrarse diferente y cuando se afirma la soberanía del pueblo sobre los derechos de los individuos, la libertad desaparece. Resulta sorprendente que Berlin de manera contumaz se negara a reconocer la perspicacia de Acton al avisar de los males del nacionalismo. En particular porque tanto Talmon como Kedourie se hacen eco de él, cosa que Berlin difícilmente pudo ignorar.

Pero además sí hay una profecía en Acton respecto al futuro del nacionalismo, al ser éste la más virulenta de las ideologías contemporáneas su fuerza destructiva será imparable. Tanto que en su capacidad destructora acabará con las otras dos ideologías de la política moderna: el igualitarismo y el comunismo. Berlin también ignora que la profecía de Acton se vio cumplida con toda crudeza en la Unión Soviética y en Yugoslavia.

Berlin no escribió ningún artículo nuevo sobre nacionalismo después de 1978 aunque sí habló del tema en entrevistas para la prensa y en programas de radio. Lo hizo al menos en dos ocasiones en los primeros años noventa cuando la implosión de la Unión Soviética se había realizado y estaba en curso la destrucción de Yugoslavia. En la entrevista con Nathan Gardels en 1991, preguntado por el significado de la quiebra de la Unión Soviética dice que puede entenderse como el fracaso de los ideales ilustrados de una razón universal y se reafirma en la idea de la rama doblada, del daño infligido al reconocimiento de las identidades de los grupos. También entiende el nacionalismo de las minorías como un problema de reconocimiento de la autonomía cultural pero no de autogobierno (en relación a vascos y catalanes en España; norirlandeses en el Reino Unido, etc. (15). Sin embargo, el sueño de un nacionalismo liberal, que parecía eclipsado en 1978, encuentra nueva vida en sus palabras. Nathan Gardels, en un momento de la entrevista, le dice que "al lidiar con el separatismo quebequense, Pierre Trudeau invocaba a Lord Acton. Le parecía que dondequiera que los límites políticos coincidieran con

límites étnicos era inevitable que el chovinismo, la xenofobia y el racismo amenazaran la libertad. Sólo los derechos constitucionales individuales –iguales derechos de ciudadanía para todos, sin consideración de la etnicidad- en una república federal protegerían a las minorías y a los individuos. “La teoría de la nacionalidad”, citaba Trudeau a Acton “es un paso atrás en la historia”. La respuesta de Berlin fue “Lord Acton fue una noble personalidad, y estoy de acuerdo con él. Sin embargo, debemos admitir que pese a los esfuerzos de Trudeau los quebequenses están todavía buscando su independencia (...) No podemos hacer retroceder la historia. Sin embargo, no deseo abandonar la creencia de que un mundo capaz de ser un ordenado tapiz de diversos colores, en el que cada fragmento desarrolle su propia y original identidad cultural y sea tolerante de los demás, no es un sueño utópico” (16).

En suma, el viejo Berlin, poco antes de su muerte, pensaba que la promesa del nacionalismo benigno aún era posible y que un mundo de naciones homogéneas podría escapar a la inflamación patológica del nacionalismo agresivo. Del mensaje de Acton no quiere saber nada y del hecho de que el nacionalismo sea esencialmente violento, mucho menos. El hecho es en sí mismo sorprendente dado que Berlin había nacido en Riga cuando pertenecía a Rusia; era judío en un mundo cristiano; y había abrazado su identidad británica sin renunciar a sus raíces culturales y religiosas originales. ¿Qué trozo del tapiz es el que daría cobijo a la identidad nacional de Berlin? O mejor, ¿cuál era la identidad nacional de Berlin? No se me ocurre ninguna respuesta. Su preocupación sigue siendo que el racionalismo nos aboca a un mundo plano donde todas las identidades colectivas serán abolidas. Sin embargo, este desarrollo cuando es impulsado por el nacionalismo dentro de los Estados no le inquieta. Pareciera que cuando Berlin denuncia la incapacidad de los teóricos por anticipar los males del nacionalismo estuviera denunciando su propia incapacidad para conjurar esos males, pero manteniendo la promesa del liberalismo progresista decimonónico de un mundo ordenado en Estados nación, donde el conflicto se viera sustituido por la tolerancia y la cooperación. Berlin, en su última entrevista sobre el nacionalismo, con Brian Magee, reitera esta idea: cómo evitar los males del nacionalismo manteniendo el sueño de un mundo de Estados nacionales donde cada identidad colectiva encuentre acomodo en una única identidad política. Para ilustrar esta idea nos dice a modo de conclusión: “me parece una cosa muy buena que los españoles y los portugueses no sean en todo iguales a los suecos y los noruegos” de la misma manera que la idea de un mundo uniforme, aburrido y monótono es algo que nadie quiere. Ciertamente, resulta fácil concordar con estas últimas ideas, pero por qué Berlin hace de la identidad nacional la identidad que ha de tener un reconocimiento político en la forma de Estado resulta difícil de entender. Del mismo modo que resulta difícil de entender cómo podrían acomodarse las diferencias dentro de un Estado donde la identidad nacional de un único grupo merece reconocimiento. Y sobre todo, resulta aún más difícil de entender cuando nos dijo en su célebre artículo de 1958 que la historia nos ha mostrado que las sociedades que se mantiene libres son las que colocan la libertad negativa, la libertad individual, como fundamento de su organización política; y que cuando esta libertad política es suplantada por la libertad positiva colectivizada, el autogobierno nacional, entonces sobreviene siempre la desaparición de toda libertad.

Textos de Isaiah Berlin sobre el nacionalismo:

1. Review of Elie Kedourie. *Nationalism, Oxford Magazine*, 1, 1960.
2. "Note on Nationalism", *The Power of Ideas*, Princeton, PUP, 2013. [1964]
3. "The Bent Twig: A Note on Nationalism", *Foreign Affairs*, Vol. 51, No. 1 (Oct., 1972).
4. "Kant as an Unfamiliar Source of Nationalism". En *The Sense of Reality. Studies in Ideas and their History*. London: Chatto and Windus, 1998 [1972].
5. "The Problem of Nationalism". A Dialogue with Stuart Hampshire chaired by Brian Magee, inédito IB Virtual Library <http://berlin.wolf.ox.ac.uk/lists/nachlass/probnati.pdf> [1972]
6. "Nationalism: Past Neglected and Present Power" en *IB Against the Current*, Londres, Pimlico, 1997 [1978]
7. "Dos conceptos de nacionalismo" Entrevista con IB por Nathan Gardels (<http://www.nybooks.com/articles/1991/11/21/two-concepts-of-nationalism-an-interview-with-isai/>) [1991].
8. "Nationalism: The Melting Pot Myth", interview with Brian Magee. <http://berlin.wolf.ox.ac.uk/lists/nachlass/bigidea.pdf> 1992.